

LA CONDICIÓN

Al regresar del otero
 Lleno de gozo y cariño,
 Les dio á una niña y un niño
 Dos pájaros un cabrero.
 Dándole un beso primero
 La niña el suyo soltó;
 Al pájaro que quedó
 No se le pudo soltar,
 Porque el niño, por jugar,
 El cuello le retorció.

RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con sus inmortales chanzas
 Los Quijotes desterró
 Cervantes, pero llenó
 El mundo de Sancho-Panizas.

RICARDO CARRASQUILLA



LA EDUCACION EN COLOMBIA

EDUCACIÓN

Si pesadas las anteriores páginas resulta haber en ellas algo de verdad, se comprende que hay en la educación para la labor del engrandecimiento nacional una palanca de preciosas energías de que puede aprovechar el verdadero patriotismo; y si, por otra parte, el esbozo analítico que acabamos de hacer del carácter colombiano no es enteramente falso, y se ajusta á las condiciones esenciales del original, ya pueden presumirse las particulares condiciones que debe tener la educación en Colombia, y caben aquí las reflexiones que á este respecto se nos ocurren, y que con toda la precaución de lo primerizo nos atrevemos á indicar.

La Pedagogía es una ciencia que ha alcanzado altísimo desarrollo en los países cultos, sobre todo en Alemania, Suiza é Inglaterra. No pretendemos nosotros implantar un sistema abstracto, ni queremos hacer un desarrollo teórico de aquella ciencia. Nos anima un fin enteramente práctico, se trata de un caso concreto, y lo que intentamos es hacer la aplicación de los principios generales de la educación á un caso particular: la educación colombiana. Algo así como el régimen que debió trazarse hace años el Japón para dejar de ser pedazo momificado de la raza amarilla y convertirse en pueblo civilizado y potencia de primer orden.

Para mejor inteligencia del fin que nos proponemos, podemos dividir estas observaciones en dos partes:

1.^a Condiciones generales de la educación, que subdividiremos en esenciales y accidentales.

2.^a Objetos y procedimientos, que comprende las facultades sobre que se ejerce y los medios de transmitir la educación.

I

CONDICIONES GENERALES

§ 1.^o*Condiciones esenciales*

a) *Adaptación.* Es de evidencia axiomática que el primer requisito de la educación es la adaptación. Estudiar el medio y el individuo, conocerlos y asumir la actitud que mejor convenga para influir en ellos, es el trabajo previo imprescindible para que la educación sea fecunda.

Fácilmente se comprende que debe ser así, porque siendo la educación en su sentido estricto un fenómeno de transformación, de desarrollo de internas energías, merced á la acción excitativa de energías semejantes, es imposible que tal fenómeno se verifique, si el institutor no está hasta cierto punto compenetrado con el instituido, si no se adapta á él. Entre la parte que inicia (el maestro) y la parte iniciada (el discípulo), es menester que exista algo

así como el ajuste preciso que en una máquina tienen dos piezas que se corresponden y se transmiten de la una á la otra la intensidad del impulso y la dirección del movimiento. Y así también como entre piezas desajustadas no puede haber transmisión regular de fuerzas, la educación será poco menos que estéril si no es adecuada en sus fines, en sus medios, en sus procedimientos, al individuo ó al medio en que se va á dar.

No quiere esto decir que la educación abdique de sus fines en el deseo de avenirse con naturalezas ignaras ó incultas; lo que exige la adaptación es el procedimiento apropiado para hacer llegar una enseñanza al fondo mismo de un sér, como el *baquiano* que tantea el vado para saber cómo trasladará mejor de una orilla á otra, á través de corriente desconocida, la preciosa mercancía que conduce. Es menester sondear el terreno en que se intenta edificar, y entonces la fábrica que en él se levante tendrá la solidez requerida. Si no se llena esta condición, todo trabajo será superficial; degenerará fácilmente en práctica rutinaria, y carecerá en absoluto de eficacia. No es extraño, por esto, ver la esterilidad de muchos sistemas que en teoría se preconizaron como infalibles; no es extraño ver fracasar en su tarea educadora á individuos por otra parte eruditísimos, no es extraño que la educación en general resulte una costumbre vacía, y se acabe por despreciarla, y aun por negar la poderosa fuerza que lleva en sí misma cuando se aplica debidamente.

Implica esto un estudio del medio que dé á conocer las cualidades y los vicios dominantes, las tendencias generales, para saber sobre qué tópicos debe dirigir especialmente su acción. En consecuencia, con estas ideas nos impulsamos el anterior trabajo de análisis del pueblo colombiano, para deducir con criterio práctico los puntos á que principalmente debe atender la educación.

b) *Idealidad*. En los Estados Unidos, en aquel pueblo considerado por antonomasia la antítesis de todo ideal, se habla de ideales de la vida, y por cierto que no se los hace

consistir en el amontonamiento indefinido de dólares. En aquel país, los hombres ilustres, los cerebros sintéticos adivinan el desequilibrio que podría producir para la nación el predominio del materialismo mercantil. Allí se reacciona en favor del ideal y se hace propaganda por que se reconozca la justa parte que tiene, ésta que puede llamarse estrella fija del pensamiento, en la acción de los hombres y los pueblos.

En cambio, en las repúblicas incipientes del Sur, hijas de una raza idealista, remedando tristemente quizá el único rasgo grosero que tiene el pueblo del Norte, se va iniciando una corriente que mira con malos ojos lo ideal. Esta tendencia yerra el blanco, pero tiene fines admirables, y para satisfacción de quienes la sostienen consignamos aquí que pocas veces se da una corriente animada de mejores intenciones: desea ella para los pueblos andinos una vida activa, práctica, fecunda; ataca la inacción, la indolencia, el bizantinismo en que nos consumimos; pero marcha *claudopede* cuando se enfrenta contra las tendencias ideales de la raza como causantes de nuestra letárgica inferioridad. Y, sin embargo, nada que se necesite tanto para una vida verdaderamente fecunda, laboriosa, eficaz, como un ideal.

El idealismo exagerado es un sistema erróneo en artes y en filosofía, ó un hábito mental casi siempre propio de temperamentos débiles.

Pero un ideal es un fin, un norte, un motivo para obrar; sin fines no hay actos, como no hay efecto sin causa, y ese motivo es algo que se le aparece al hombre como bueno, ejerce sobre él una fuerza atractiva y lo hace obrar. El ideal es, pues, para el espíritu lo que la fuerza de atracción para el mundo sideral: un centro á cuyo derredor giramos y cuya potencia gobierna todos los actos de nuestra vida. De suerte que muy al contrario de lo que se piensa por algunos, un ideal es condición imprescindible y origen primero de toda actividad.

Nadie puede obrar sin tener un propósito, sin tender á un fin. Pero el hombre sin cultivo, apenas puede proponerse fines inmediatos, alcanzar lo que toca, lo que ve; á manera de larva, sin alas, ni vislumbra otros horizontes, ni jamás anhela alcanzarlos; pero á medida que nos cultivamos, la mirada se expaya, el ideal se hace más remoto, más elevado, y el ímpetu con que deseamos alcanzarle es cada vez mayor.

A mayor distancia, mayor aliento. A más noble ambición corresponde una alma dotada de más intensas energías.

Para lograr por este medio verdadera utilidad requiérese que el ideal que uno se proponga sea neto, preciso: de otra manera sólo se alcanza la vaguedad, la fluctuación.

Ahora se comprenderá por qué hemos hablado de ideal en la educación. Y en ninguna parte con tanta razón como en Colombia, en donde, como se vio atrás, la indecisión é inconstancia dominan en gran parte á la juventud. Es necesario proponerle, para provocar su actividad, algo en que sueñe, algo por que luche, algo por que soporte con entereza el sacrificio del momento. Es necesario mostrar al espíritu que comienza á abrirse, un designio para lo futuro, un fin que explique los actos de su vida. Y éste llegará á ser el mejor resorte de la educación, porque el maestro que se muestra interesado en el porvenir de sus alumnos tendrá la clave de sus conciencias y de sus voluntades.

c) *Religiosidad.* Desde el punto de vista moral ésta es la primera condición, porque ninguna ciencia, ninguna filosofía, han podido nunca poseer al hombre como lo posee y lo penetra la religión. La necesidad de un lazo que una á la criatura con su Creador es tan urgente para el hombre, que no ha habido pueblo que no haya de alguna manera concebido y adoradõ á un Sér Supremo. La religión, aparte las fruiciones íntimas de carácter personal, es raíz de toda moralidad y preciosísimo elemento social.

Pero no hay moral religiosa sin dogma, como no hay movimiento de la voluntad sin juicio previo del entendi-

miento: la moral independiente de las creencias es pura utopía. Y no hay, por consiguiente, moral verdadera y completa, sino donde está genuina é íntegra la verdad revelada: las falsas religiones, por los restos de verdad que conservan, producen hombres de bien; sólo la Iglesia Católica engendra santos. La religión, como toda virtud, es un hábito; debe traducirse en prácticas, y con ellas se nutre y aumenta.

El pueblo colombiano felizmente es católico, apostólico, romano; pero, cuando se trata de las prácticas religiosas, se nota, sobre todo en la juventud, lo que en otras naciones no se advierte: cierto temor ridículo, cierto embarazo de practicar en público los deberes religiosos. En Inglaterra, en Alemania, en los Estados Unidos, católicos, protestantes, judíos confiesan su religión, se glorían de pertenecer á ella, la practican públicamente, sin ostentación pero sin falsa vergüenza. No así entre muchos católicos colombianos. Nueva muestra de que una de las cualidades que nos faltan es *la sinceridad*. Hay cristianos que no quieren parecerlo; en cambio suelen aparentar fe y piedad gentes que en el fondo nada creen, nada ultraterreno esperan. Si algo debe proponerse un educador es formar cristianos de verdad, que practiquen lo que creen y tengan el valor de confesarlo y defenderlo.

d) *Práctica.* Esta palabra quiere decir trabajo, laboriosidad; y si es cierto que entre nosotros dominan la indolencia, la inercia, nada se impone con tanta urgencia como el infundir por todas las vías posibles el amor al trabajo, el hábito de la actividad.

Pero no se entienda que cuando se dice *actividad, trabajo*, se condenan como inertes las tareas intelectuales, las manifestaciones artísticas y el estudio exclusivamente científico. Tomadas así las cosas resultaría el absurdo de que sólo el trabajo físico es trabajo; que sólo el movimiento muscular es activo, y que aquella labor poderosísima del hombre que absorbe la parte más aguilatada é intensa

las fuerzas vitales y que se llama el pensamiento, origen de todos los progresos, todas las glorias, todas las riquezas del mundo, quedaría excluido del campo de la actividad; que el pensar, el concebir, el inventar no serían manifestaciones activas sino pereza é inercia; ocupación fútil y vana que no tiene parte ninguna en la grandeza de los individuos y de los pueblos. El absurdo es evidente. Libéramosnos, pues, de caer en un triste error, por amor considerado á la civilización material.

Necesitamos una vida fecunda, una vida práctica; mas no es matando los brotes ni suprimiendo las disciplinas del espíritu, como habremos de lograr aquel intento. No con prescindencia de la abstrusa filosofía de Leibnitz y de Kant es como Alemania se constituyó en poderoso imperio europeo. Pocos pueblos tan amigos de las teorías incoercibles, pocos tan trascendentalistas como el pueblo alemán, y esto no ha sido óbice para su triunfo internacional. La razón es clara: allí con la misma intensidad con que se trabaja con el pensamiento en el campo de las ideas puras, se trabaja al traducir el pensamiento en el campo de los hechos. El alemán es laborioso, y su laboriosidad se manifiesta lo mismo en su pensamiento que en sus actos.

La vida intelectual, al contrario, es la más difícil, la más costosa de las actividades humanas; lo que sucede es que se toman las apariencias de la vida intelectual por la vida misma del pensamiento; el vivir hojeando libros se toma por erudición; el prodigarse en escritos vacíos se toma por fecundidad; la ignorancia y el mal gusto se toman por crítica; dislates extravagantes se toman por arte; hasta el misterioso silencio de algunos se reputa señal inequívoca de genio.

Contra esta esterilidad en el campo de las ideas, lo mismo que contra la indolencia en el terreno de la industria, del comercio y de las artes mecánicas es contra lo que debe luchar una educación verdaderamente práctica.

Cuando tratemos del cultivo del entendimiento y de la voluntad, distinguiremos la labor educativa en teórica y

práctica, é indicaremos la manera general de realizar y hacer efectiva la educación práctica en todas las manifestaciones del espíritu humano.

En cuanto á iniciar una orientación más positivista, más acentuada y fecunda hacia el campo industrial y agrícola, sería de preciosa utilidad la divulgación de las ciencias físicas y matemáticas aplicadas, género de estudio hasta hoy poco usado entre nosotros, y de capital importancia para el progreso de las artes mecánicas y comerciales.

e) *Eficaz.* Que la educación sea eficaz quiere decir que consiga el fin que se propone. Esto parece redundante, y sin embargo no lo es. Lógicamente se comprende que toda educación ha de buscar un fin; pero lo que nos muestra la experiencia de todos los días, es que personas que desempeñan la labor educadora, proceden poco más ó menos, se embeben en el hábito inconsciente que termina por formar una rutina ajena á los intereses personales de cada educando; ajena á los procedimientos modernos, á las circunstancias actuales.

La educación es un apostolado, y si en el educador triunfan el interés egoísta, la sed de ganancia, la indiferencia, entonces, adiós inteligente y deliberada dirección. El objeto primordial se halla eclipsado por inconvenientes mezquinos, y la tarea de la educación es entonces una farsa ó un pretexto que no tiene razón de ser.

Este objeto que todo programa educacionista ha de proponerse es el ideal de que hablamos atrás, y en la marcha hacia ese ideal á través de las tendencias animales, de las luchas de las pasiones, de las flaquezas de la triste naturaleza humana, la actitud del institutor celoso es la del avisador timonel que guía el barco y vive en guardia siempre, siempre atento, acusando á cada instante la menor desviación de su norte.

Es, pues, imprescindible que el educador persiga un fin. Para alcanzarlo seguirá las enseñanzas que indiquen los métodos particulares de pedagogía y los dictados de

su propia experiencia; obrará prudentemente consultando los últimos adelantos hechos en la ciencia de la educación; estudiará el carácter particular de sus educandos; atenderá á las circunstancias de tiempo y lugar.

Sería trabajo demasiado extenso intentar enumerar y estudiar aquí los múltiples recursos que en sus manos tiene el educador. Son tan numerosos y variados, que constituyen hoy una verdadera bibliografía, y comprenden desde los medios concretos de orden físico, como son las penas y los premios sensibles, hasta la influencia casi espiritual de la sugestión. En todo caso al espíritu atento que busca un fin, jamás le faltarán medios para alcanzarlo, ya que tiene mucho de verdad aquel aforismo que dice: querer es poder.

Pero si desistimos de tratar en detalle sobre cada uno de los medios de que el institutor disfruta en el logro de sus aspiraciones, nos permitiremos sin embargo llamar la atención sobre uno que puede decirse no existe en Colombia.

Hablamos del concierto y de la armonía que debe existir entre el hogar, el instituto y la nación.

Cada una de estas entidades tiene, en la esfera de su acción, cierta jurisdicción sobre la vida del hombre en la primera edad. La niñez y la juventud están llamadas por la ley y las costumbres en los pueblos cultos á correr bajo la inmediata acción de estos tres poderes. El poder completo, intrínseco y natural pertenece á los padres. Estos ceden una parte de su autoridad al instituto. Y los dos se reparten la dirección de todos los actos del niño y del adolescente. A la autoridad civil toca apoyar y sostener eficazmente la potestad del hogar y del colegio (1).

El Código colombiano confiere al padre veintiún años de poder sobre sus hijos, años durante los cuales el hijo no

(1) No tratamos de la autoridad de la Iglesia, que por no venir á cuento en la materia de este párrafo. Por sabido se calla que padres, maestros, gobernantes, han de obedecerle en lo tocante á la educación moral y religiosa.

podrá usar del tiempo como cosa propia, sino al arbitrio y la voluntad del padre. Período de poder inapreciable y suficiente si se aprovecha debidamente, para hacer del hijo un ciudadano útil, un artesano honrado, etc., y en todo caso, un hombre digno de llevar el nombre de tal.

Gran libertad conceden los ingleses á sus hijos en lo que hace al fuero interno, pero en la conducta, en las costumbres, en el cumplimiento de los deberes, en el estricto uso del tiempo jamás abdica un inglés el poder natural que tiene sobre su hijo. Veintiún años bien aprovechados indudablemente son bastante á encarrilar un entendimiento y una voluntad.

Pero ¿qué es lo que suele pasar entre nosotros? Que el adolescente de catorce á dieciséis años es hombre libre que determina por sí y ante sí sus aficiones, su ocupación, que decide libérrima é inconsultamente de su vida; que apenas se siente obligado á cumplir con dos ó tres condiciones impuestas por el padre en pro del orden del hogar, y que no sueña jamás que esté en la obligación de dar cuenta del empleo que haga del tiempo. El tiempo le pertenece, y como es en el tiempo donde se realizan los actos, no rompiendo ciertas prescripciones, queda por lo demás en libertad de hacer lo que le plazca.

Entre nosotros el temple y el carácter paterno parecen debilitarse en la época más importante para la dirección de los hijos.

La debilidad, la indiferencia de los padres es la primera causa de las desviaciones de nuestra juventud. El tipo general en Colombia es el del padre que deja burlar su autoridad desde que el hijo ha llegado á tener audacia suficiente para intentarlo. Y el jovencito que ya ha roto el yugo paterno que es intrínseco y natural, ¿qué extraño yugo podrá soportar, ni á qué disciplina sería querrá someterse? Si le place, podrá acceder á recibir cierta mediana educación, que se apresurará á abandonar desde el momento en que se le antoje demasiado dura.

Muy de otra manera terminaría la labor educadora de la juventud, si apersonándose el padre del augusto é indeclinable puesto que en la dirección de los hijos le compete, lo sostuviera con el rigor suficiente para hacerlo respetar y obedecer, sin prescindir por eso de la ternura necesaria para templar la obediencia con el amor.

Pero no basta que el padre, dentro del justo medio, tenga toda la entereza que necesita para ejercer el dominio moral absoluto sobre sus hijos. Desde el momento en que lo coloca bajo la dirección de un institutor, se debilita y casi desaparece su autoridad. Puede, es verdad, reasumir cuando quiera sus derechos, pero prescindiendo entonces de la acción inmediata del maestro.

Es decir, que obrando aisladamente, cada uno de estos dos poderes excluye en cierto modo al otro. Son dos fuerzas que obran en un punto, y que si no convergen hacia una misma dirección, en vez de sumarse se debilitan y contrarrestan. De ahí la necesidad de establecer un acuerdo armónico entre el hogar y el instituto, pero no un acuerdo vago y como quiera, sino un concierto explícito definido de auxiliarse y complementarse mutuamente, de modo que el uno consolide y afirme lo que ha edificado el otro, y supla con su propia acción lo que el otro no puede realizar. Esto implica que allí donde termina la acción de la escuela empiece la autoridad de la familia, no para destruir la labor escolar, sino para fomentarla y sostenerla con todo el prestigio moral que por naturaleza la familia tiene. Indudablemente esta acción, unida y sumada, tiene que ser fecunda, y si la autoridad la sostiene y el medio social la fomenta, el organismo tierno del niño se sentirá entonces rodeado de un engranaje moral tan ajustado y sin escape, que será casi imposible no amoldarse á él.

(Concluirá)

ALBERTO CORADINE



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico